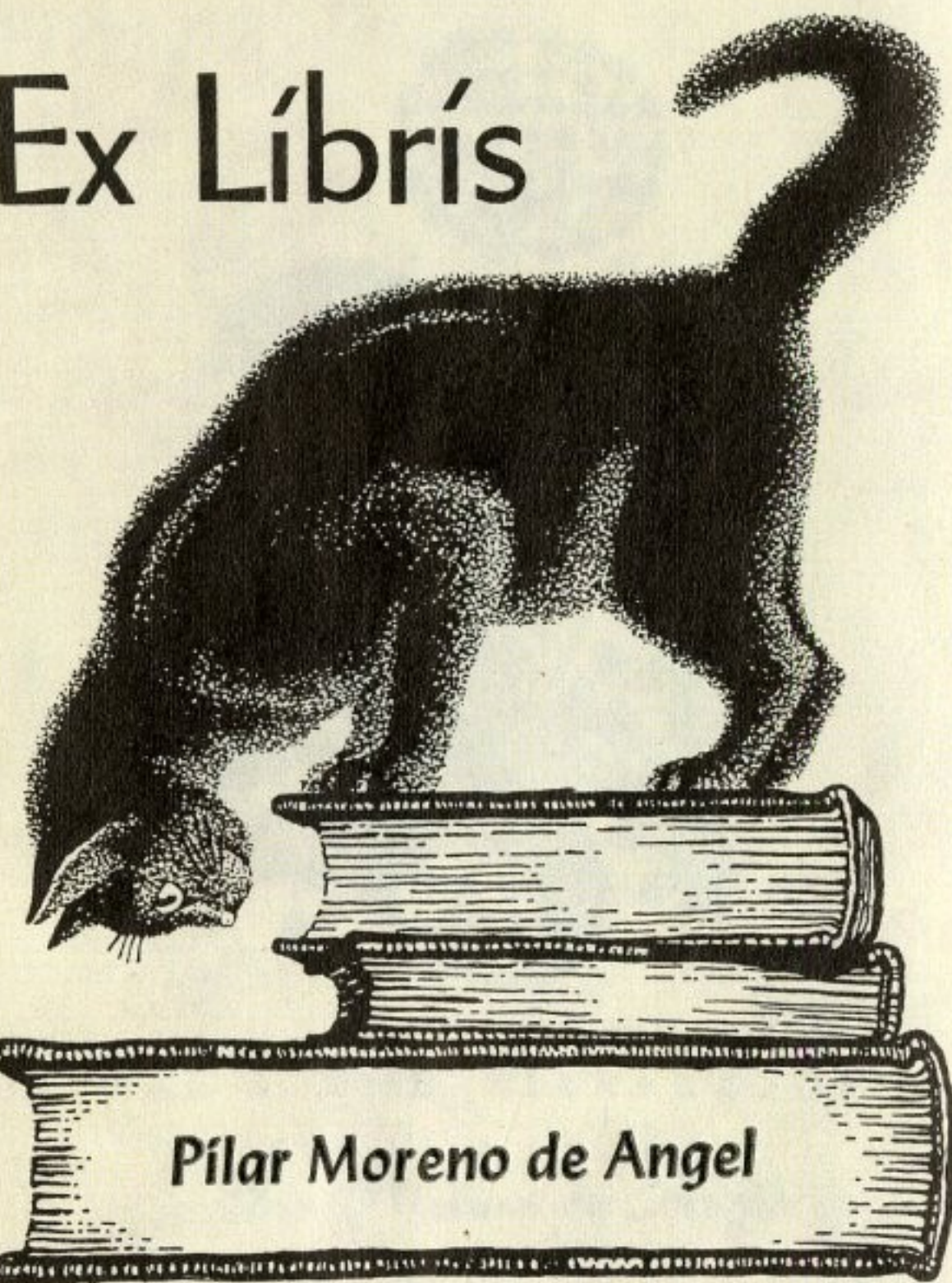


L  
986.1062  
P181  
1900

Ex Líbrís



Pilar Moreno de Angel

8512 © APCo

986.1062

P 181

1900

3275

## PALO--NEGRO



I—Aunque el Gral. Vargas suele decir y repetir que acepta todas las responsabilidades que puedan caberle como Supremo Director de la guerra, no pierde ocasión de añiviarse del peso, descargándolo sobre otros, y de esforzarse por disminuir sus culpas ó convertirlas en méritos. De este modo obliga á los demás á defenderse y poner las cosas en su punto. Ese es el objeto del presente escrito que estudiará los antecedentes de la batalla de Palo - Negro y el modo como se dio.

II—“Concibe despacio y ejecuta aprisa”, era la definición que de las cualidades del Gral. Vargas Santos daban los que habían hecho campaña con él.

“Es lento para decidirse, agregaban, pero cuando lo hace es con pleno conocimiento de causa y para poner en práctica su resolución con la rapidez del rayo.” Por su parte el mismo Gral. Vargas, para tachar la impaciencia de algunos de sus subalternos, por la larga espera en Cúcuta, dijo muchas veces: -“Este Ejército es la esperanza y representa la fortuna del Partido Liberal, y no he de jugarlo sino reflexivamente, cuando vea aseguradas suficientes probabilidades de triunfo.”

III—Era, pues, de esperarse que los dos meses y medio de demora en Cúcuta los habría empleado

en madurar un plan, vasto en sus lineamientos generales y completo en sus pormenores; comprensivo del territorio y del tiempo; perfecto, en suma, en cuanto eso puede decirse de una obra humana, producto de honda y detenida reflexión; y era de suponerse que para ello habría pasado esos meses inspeccionando personalmente el terreno y acumulando informes sobre las diferentes soluciones que tenía el problema, á fin de adoptar la mejor, después de comparar las ventajas y desventajas de cada proyecto.

Pero los antecedentes comprobaban y el resultado evidenció que el Gral. Vargas nunca se preocupó por formar nada parecido á un plan de campaña, de esos en que se determina con anticipación el fin y los medios y en que el talento y la experiencia en buen consorcio prevén las dificultades y alistan la manera de afrontarlas. No consta, efectivamente, que pusiera nada de su parte para inquirir cuál de las varias salidas que teníamos era la más conveniente, ni que abrazase todos los elementos de la situación en uno de esos golpes de vista propios del genio ó siquiera de los hombres inteligentes.

IV.—Desde fines de Febrero, ó sea más de mes y medio antes de la marcha, envió el Gral. Uribe de su campamento de "Morretón" dos batallones á "Huerta-Chiquita" sobre el Zulia, con el objeto de estudiar el terreno, á fin de suministrar al Gral. Vargas, datos que él no demostraba interés por procurarse para un movimiento por ese lado. El Gral. Aníbal Barboza, Jefe de la fuerza, el Coronel Olimpo Gallo, Ingeniero, y el Sr. Lucio Pabón, práctico de las localidades, fueron los encargados del trabajo. Sobre instrucciones escritas y precisas del Gral. Uribe, levantó el Coronel Gallo un plano del territorio y redactó un plan de marcha por Cucutilla al páramo de "Alta" y de ahí al de "Pescadero", con expre-

sión de distancias, calidad de los caminos, itinerario de tropa, recursos, dificultades y contingencias posibles &c. Hé aquí un párrafo del segundo pliego de instrucciones del Gral. Uribe:

"Para que concreten Uds. mejor su estudio, les anticipo que mi idea sería la siguiente: enviar un par de hombres por la vereda de "Capira", á cortar la línea telegráfica con Panplona; una hora después enviar por la misma vía un destacamento de cien hombres á colocarse sobre el puente de Sulasquilla para impedir el paso de postas y resistir el primer empuje de fuerza enemiga que pudiese venir de arriba; emprender el Ejército el paso del río por varios puntos á la vez; seguir sobre Cucutilla; elevar á quinientos hombres el destacamento de Sulasquilla, y á su amparo desfilarse el Ejército por la vía de Sisavita al Páramo."

El inteligente trabajo del Coronel Gallo fue remitido al Gral. Vargas, quien desechó la idea en absoluto, sin analizarla siquiera, y aun haciéndolo objeto de mofa, aferrado como ya estaba al pensamiento de marcha por Bagueche, aunque sin justificarlo tampoco, sin descomponerlo en sus partes, y sin señalar el objetivo y de lucir las consecuencias.

V.—Es de notarse que la comisión del Coronel Gallo, enviada por determinación espontánea y acuciosa del Gral. Uribe, mereció la censura de los superiores, así como todos y cada uno de los movimientos de inspección sobre el enemigo, calificados duramente como actos de indisciplina, ya los llevase á cabo el Gral. Herrera, ya el Gral. Uribe, ya los dos en combinación. El Gral. Vargas reprimió siempre todo principio de iniciativa en sus subalternos, y exi-

gió de ellos una obediencia pasiva que los relujese á la inercia de pensamiento y de acción en que él parecía tan bien hallado. Por otra parte, no sólo no solicitaba el concurso de las opiniones y consejos de los demás sino que rechazaba airado, como depresivas de su infalibilidad, toda opinión, toda insinuación, toda sugestión, por insignificantes que fuesen, que esos subalternos se permitieran hacer.

Fué, sin duda, contemplando cómo la suerte del Partido Liberal, estaba pendiente de esa cabeza repleta de soberbia y desvanecida, sin embargo, con la altura, por lo que el Gral. Uribe estampaba esta dolorosa previsión en carta escrita á un amigo suyo de Cúcuta, con fecha 15 de Marzo, *dos meses antes de Palo-Negro*: "A toda prisa estoy perdiendo fe en el éxito de la próxima batalla."

VI— En cuanto á la marcha por Bagueche, véase lo que pensaba de ella el Gral. Uribe, según consta en carta de 24 de Marzo, dirigida al Dr. Soto:

"Acá para inter nos, me permito decirle que me inspira muy serias preocupaciones el proyecto á que el Gral. Vargas parece tan aferrado, de marcha sobre Soto por Bagueche. Considero que eso es cambiar por completo el teatro de la guerra, sin que el cambio nos sea favorable. — Aquí tenemos el recuesto de la frontera y la comunicación con el exterior, de que careceríamos metiéndonos en los valles de Soto. Es excusado pensar que Peña Solano nos espere ni que lo alcancemos: se trepará á la Mesa de los Santos, inespugnable por sí misma, mientras que á nuestra espalda y nuestra izquierda nos dominaría Casabianca desde las alturas. Pienso que todo General tiene el deber de resolver el problema militar que tiene delante, y que sólo debe esquivarlo cuando en ello haya evidente ventaja. Nada hemos intentado seriamente por

nuestra izquierda sobre el Alto del Oso, operación que podría llevarse á cabo enviando simultáneamente cuatro Columnas de inspección: una, dirigida por Sarmiento, hacia Planadas y Mundonuevo; otra de fuerzas de Herrera, por la quebrada de la Honda, á caer sobre Iscalá por Islayita; otra de Chinacota á Iscalá; y otra del Alto del "Fical" por toda la loma hacia el Picacho. La acometida de las Columnas de la derecha despejaría el campo á las de la izquierda, por el temor que tendrían los defensores del Oso y Mejué de verse copados. Considero débil ese flanco del enemigo, y la sorpresa de ese brusco ataque cuádruple, podría dar buenos resultados sin comprometer nada, pues cada columna tendría libre su retirada. Y si lográbamos apoderarnos del Oso, Tapatá y Mejué, el problema quedaba resuelto. *De todas las operaciones, ésta es la que más me llama la atención*, porque no implica el abandono de nuestras actuales posiciones, mientras que la marcha por Bagueche es la entrega de Cúcuta al saqueo de los Granalotes, lo cual no es ni político, ni militar, ni humano, ni sobre todo buen pago á los servicios de esta liberal Ciudad, nodriza de la Revolución.

Finalmente, irnos sin intentar nada tampoco sobre el Alto de los Callejones ó sobre Cucutilla, es prepararnos algún remordimiento. Páramo por páramo, creo preferible el de "Alta" al de Bagueche, porque el primero nos da la opción de caer sobre Soto ó de torcer á la izquierda por Santurbán á la Piñuela, lo que haría volver caras al enemigo de Pamplona y nos suspendería en el medio, como una amenaza terrible sobre esa plaza y sobre la de Bucaramanga, *dejándonos, además, libre el camino de García Rovira*. Si yo fuera absolutista y no desconfiara tanto de mi propia razón, diría: Por cualquier parte, menos por Bagueche; pero es el caso que yo no me atrevo á

insinuarle nada al Gral. Vargas Santos. Hágalo Ud. con su maña y autoridad, si entra por algún modo en mi opinión y sin dejar saber que yo la he emitido.”

No pasaremos adelante sin advertir que, como después se supo, cuando el Gral. Uribe proponía la operación sobre el Oso, estaba éste muy mal guarnecido, y que además el gobierno del Táchira ofrecía ciertas facilidades para que fuerzas revolucionarias pasaran por territorio venezolano, à caer sobre Toledo, à espaldas de la posición enemiga.

VII— En una carta de seis páginas, fecha 10 de Abril, volvía à la carga el Gral. Uribe, renovando las objeciones contra la marcha por Bagueche, desarrollándolas una por una, y concluía diciendo al Dr Soto: “Es un deber de conciencia y hasta un impulso de propia conservación, lo que me induce à hablarle à Ud este lenguaje. Al Gral. Vargas le he cogido miedo, por el modo como siempre ha recibido las más ligeras insinuaciones mías. A Ud me dirijo con alguna mayor libertad, suponiendo como naturalmente debo suponer—que toda determinación de la importancia de la que se trata no será tomada sino después de previa deliberación y entero acuerdo con Ud.”

VIII— Cuando ya el Gral. Uribe se persuadió de que era inevitable el movimiento por nuestro flanco derecho, volvió à insistir en que se adoptara la vía de Cucutilla. En carta de 20 de Abril escribía al mismo Dr. Soto:

“El Gral. Vargas no opina por la ocupación de Cucutilla, de que yo soy decidido partidario, por razones como éstas, que me parecen concluyentes: 1ª simular con eso un ataque general hacia Apartaderos y Callejones, que haría replegar à este segundo punto todos los destacamentos enemigos, lo cual redundaría en mayor tiempo, reserva y facilidades para nuestro desfile; y 2ª apoderarnos del camino que de Cucu-

tilla va por Sisavita y la Algecstura al páramo de Alta, y de ahí por la Paja à Suratá, ó mejor aún por Vetas à Pescadero, à fin de que por ese camino marche todo el Ejército ó siquiera una parte de él. Fara ello, bien podía llegar sin peligro nuestra avanzada hasta el puente de Sulasquilla: así tardaría más en saber el enemigo si de lo que se trataba era de un ataque formal de todo el Ejército por ese lado, ó de una marcha que él percibiría menos mientras à mayor distancia se le alejase.

“Lo que estoy viendo es que el invierno se nos viene encima, y que la demora por el tal vestuario nos puede costar cara. Lo que es por mí, vestido ó en pelota, estoy listo à partir en el día, hora y minutos que se me fijen, y à rendir con absoluta precisión las jornadas que se me señalen de antemano.”

Del propio modo escribía directamente, con la misma fecha, al Gral. Vargas, quien contestó diciendo: “No entran absolutamente en mi plan la ocupación de Cucutilla y la marcha del Ejército por la vía de Sisavita ó Alta. Por nada haría yo desfilar un Ejército como el nuestro, dando el flanco à un enemigo que puede hacer venir à Cucutilla, en pocas horas, numerosas fuerzas”. — Pero en cuatro horas más podían esas fuerzas bajar también hasta Arboledas, para hostilizar la marcha por Bagueche; y así como à esa contingencia se hizo frente colocando un destacamento sobre el alto del Tigre, igual cosa habría podido hacerse al adoptar la vía de Cucutilla.

Eso fué lo que la experiencia demostró: la única fuerza enemiga que había en la región era una de doscientos hombres al mando de Olegario Ortiz, que à nuestra vista se replegó à los Callejones y no volvió à mostrarse sobre Cucutilla sino ocho días más tarde. Así, pues, la marcha por esa vía habría podido efectuarse con entera libertad, lo cual habría

na  
 economizado tres jornadas para salir á Matanzas; pero, sobre todo, el paso por Alta habría demostrado objetivamente la ventaja de seguir de una vez á Vetas y de ahí á Pescadero. Las distancias son las siguientes: de Cucutilla á Alta siete leguas; de Alta á Vetas dos leguas y media; de Vetas á Pescadero cuatro leguas.

IX—Entrando ya de lleno y á no poder más, en el proyecto de marcha por Bagueche, y viendo que el Gral. Vargas no lo discriminaba ni pensaba dar instrucciones escritas á los Jefes, preparó el Gral. Uribe un plan en ocho páginas y lo sometió á la aprobación del Gral. Vargas. Ese plan terminaba diciendo:

“Si se llega á Suratá sin encontrar enemigo, ¿podría torcerse á la izquierda por Vetas á coger de una vez el Páramo, ya para impedir que por esa vía bajase enemigo ido de Pamplona á molestar la marcha del Ejército, ya para ir batiendo al que fuera llegando, ya para salir directamente á la Mesa de Juan Rodríguez y caer desde ahí sobre Peña Solano? Ud. resolverá.”

En carta del 17 Abril, dirigida al Dr. Soto:

El punto grave está para mí en saber si llegaremos á Suratá primero que el enemigo, y sobre todo en si habiéndole ganado de mano, no convendría más torcer de una vez hacia el Páramo, en lugar de caer sobre Bucaramanga. Tengo para mí como cosa segura que no alcanzaremos á Peña Solano yéndonos por ahí, ó que cuando más lo arrearremos por su línea natural de retirada hacia la Mesa de los Santos ó hacia García Rovira, por Umpalá ó por Suaque. Y como meternos en los valles de Soto, á que nos den una encerrona parecida á la que aquí hemos sufrido, me parece perspectiva poco agradable, es mi humilde opinión que desde Suratá debemos irnos á Pescadero, lo cual tendría las siguientes ventajas: 1<sup>o</sup> in-

terponernos entre Casabianca y Peña Solano é impedir su fusión; 2<sup>o</sup> hacer probable la cogida de Peña Solano cayéndole encima y adelante; 3<sup>o</sup> pues — todos inmediatamente detrás de Casabianca, obligarlo á volver caras, sin tiempo de bajar á Cúcuta, ni destacar fuerzas sobre esa plaza; 4<sup>o</sup> escoger posiciones en el Páramo para recibir la ofensiva de Casabianca, si á ello se atrevía, ó ponernos en capacidad de perseguirlo si tomaba la vuelta de García Rovira, por Sotos ó por Cácuta; y 5<sup>o</sup> recursos no nos faltarían, pues en esa región abunda la papa y en el mismo páramo encontraríamos bastante ganado.”

En carta de 20 de Abril volvía sobre el mismo tema, con singular tenacidad ó quizá por presentimiento: --“Otra cosa que en el ánimo del Gral. Vargas no aparece todavía resuelta es si caemos á Bucaramanga tras de Peña Solano ó si nos metemos al Páramo para batir á Casabianca. Bien está que pormenores secundarios se dejen para resolverlos según las circunstancias; pero ése es punto capital que varía por completo el objetivo del movimiento y aun el plan de campaña, según se piense en seguir una ó otra ruta; por lo cual no debe dejarse su solución para el camino, sino tomarla de una vez. Tengo confianza en que si las cosas se hacen bien y aprisa, no sólo saldremos á Suratá primero que el enemigo, sino que tendremos tiempo de plantarnos en dos jornadas cortas en pleno Páramo y apoderarnos de la excelente posición de Pescadero, lo cual sería imponerle á Casabianca la marcha sobre García Rovira; esto es, el desastre.”

Esto mismo escribía casi literalmente en la propia fecha al Gral. Vargas, quien contestó: “No estamos de acuerdo en la marcha al Páramo, ó diré más bien en determinar desde aquí el programa de nuestras operaciones: ahí iremos viendo lo que ocurra y

tomando informes para hacerle frente á toda eventualidad." (Cañafistolo, 20 de Abril). "El Gral. Uribe cree que estas cosas se hacen con programa, como función de teatro ó fiestas de plaza," exclamó el Gral. Vargas irónicamente, delante de su auditorio. Si las operaciones militares que deben decidir de la suerte de un partido ó de un país no merecen ajustarse á un plan fijado de antemano, ¿qué será lo que pide previsión y cálculo en el mundo?

La discusión terminó con estas palabras del Gral. Uribe en carta al Gral. Vargas, fecha del 21: "Queda entendido que de Suratá para adelante no hay todavía programa fijo, sino que allá resolverá Ud. lo que se hace en vista de las circunstancias"; y con esta otra frase en carta al Dr. Soto, fecha del 23: "Como ya se acerca la hora de obrar y como el plan parece ya definitivamente acordado, es inútil discutirlo más; no me toca ya sino obedecer, por más que ni el método de la marcha ni su inmediato objetivo sean lo que en mi humilde opinión deberían ser."

X—Hoy es para todos un hecho establecido que la Revolución se habría salvado si se hubieran atendido las indicaciones del Gral. Uribe. El enemigo no tuvo noticias del movimiento sino cinco días después de que se inició. Hubo, pues, tiempo más que suficiente para salir al páramo y fortificarse en él. Acaso entonces hubiera surgido por sí misma la idea de no esperar al enemigo, sino seguir sobre García Rovira y de ahí sobre Bogotá, en cuyo camino no habríamos hallado quién pudiera resistirnos; así habríamos dejado atrás y hábilmente burlados á los que pretendían tenernos encerrados dentro de un círculo de hierro, ó bien los habríamos esperado en posiciones más allá del "Chicamoche", ya interpuestos entre ellos y el centro de su

gobierno, después de aumentar nuestro Ejército con más de 1.000 hombres de las guerrillas que acababan de vencer en Capitanejo, con todos los copartidarios que habrían recibido entusiastas en sus manos las armas que llevábamos sobrantes, y con todos aquellos á quienes habría despertado la campanada formidable de nuestra presencia en el interior de la República.

XI—El miércoles 25 de Abril rompió la marcha el Ejército desde sus acantonamientos de Bochalema y Chinácota. El 2 de Febrero se había dado el combate de Gramalote y Terán. La demora de ochenta días que medió entre las dos fechas ha pretendido justificarse por la espera del nuevo armamento que llegó desde el 2 de Marzo; por la construcción de vestuario, sin el cual se vino al fin la mayor parte del Ejército, y que pudo haberse confeccionado completo en las dos primeras semanas; y por la adquisición de artillería, que sólo se logró imperfectamente. Setenta mil cápsulas de mánlicher se dejaron en Cúcuta, pudiendo haberlas traído; y cuando, después de vacilar mucho, se dió á Maracaiibo la orden de hacer venir el cañón de dinamita, ya el Gral Sarmiento se lo había llevado. Cápsulas de rémington, de que siempre anduvimos escasos, pudieron adquirirse en el lapso de la demora, aun haciéndolas venir de Europa ó de los Estados Unidos, ó más cerca aún, de Venezuela y las Antillas, y sin embargo, ningún paso se dió para obtenerlas. Con esas cápsulas, de mánlicher y el cañón de dinamita, la batalla de Palo-Negro se habría decidido en nuestro favor.

XII—El paso del Zulia por el Ejército coincidió con fuertes crecidas del río, que costaron la vida á algunos soldados, después de exigir dos días de impropio trabajo, porque en vez de ser vadeable á pie enjuto, como lo estuvo antes y después, requirió la construcción de puentes. Cuando un romano daba un traspié al salir

de su casa, volvía hacia ella para esquivar las consecuencias del mal augurio. Bien habría hecho el Ejército Liberal en restituirse á sus acantonamientos, á esperar ocasión más propicia. En todo caso, dejar trascurrir todo el verano para abrir la campaña precisamente cuando empezaba la estación de las lluvias, no fué dictamen de hombres experimentados.

XIII— Después de algún combate en Salazar y la Cabuya, fue ocupado Arboledas el 26 temprano; el mismo día se adelantó fuerza sobre Bagueche y el 27 fue ocupado el alto del Escorial; pero la marcha no se continuó hasta el 29 por el inútil rodeo que se hizo dar á parte de la fuerza, obligándola á ir de "Planadas" á pasar por Cúcuta y Salazar, lo que requirió tres jornadas más de las necesarias. El paso del 35. Ejército por la región de la fiebre, costó después vidas preciosas, porque en milicia, como en todo, no hay error que no se pague de un modo ú otro, más ó menos caro.

XIV — Era de creerse que resuelta por el Gral Vargas, con tanta anticipación, la marcha por Bagueche sin admitir variante alguna al proyecto, habría tomado todas las medidas para garantizar su realización. Asegurarse del paso del Escorial, garganta infranqueable en lo más alto de la cordillera, era previsión esencialísima, puesto que un destacamento de cincuenta enemigos, situado en ese desfiladero ó en cualquiera de los que le preceden por la boca del río Arboledas, habría sido capaz de parar el Ejército por tiempo suficiente para que lo cargasen de flanco fuerzas de Pamplona. Insigne torpeza fué de parte del enemigo dejar mal guarnecido ese camino, y cobardía insignie de las guerrillas de Arboledas y Cáchira, que trataron de defender el paso, pero que no presentaron la resistencia que debieran, aunque sí hicieron la suficiente para causarnos

no pocas bajas, entre ellas la muy sensible del Coronel Prudencio Duarte. Pero el General en Jefe no debe contar con la cobardía y torpeza del adversario, á lo menos como base de sus planes; y fué efecto de la casualidad, no de la previsión, que hallásemos libre el paso del Escorial. Sin ese azar favorable todo el movimiento y la campaña pudieron fracasar desde allí.

XV — Parece que el Gral. Vargas Santos pensó emprender marcha sobre Ocaña si encontraba cerrado el paso del Escorial, adoptando la vía de Salazar á San Pedro ó las de Gramalote ó Sardinata. Es indudable que aun prescindiendo del obstáculo, ese plan habría sido más racional que el de la simple marcha sobre Soto. Aun se ha dicho que el Gral Siervo Sarmiento escribió indicando ó exigiendo que se verificara ese movimiento, y si la larga espera en Cúcuta no tuvo otra razón de ser que la de aguardar la acción del Ejército Liberal en la Costa, harto mejor habría sido combinar directamente esa acción viniendo á Ocaña. Desde ahí, durante todavía la buena estación, se habría podido marchar sobre Tamalameque y Valledupar, tomar el Banco y Puerto Nacional, obstruir la navegación del río por los buques del Gobierno y aun apoderarse de algunos de ellos; en suma, darse la mano con el Ejército de la Costa y convertir su territorio en un vasto teatro de operaciones. Ni podría objetarse el cuidado que á retaguardia inspirara el enemigo de Pamplona, pues si se atrevía á moverse para el Norte, como en efecto es probable que se hubiera creído en el deber de hacerlo, se había podido esperarlo y batirlo en alguna de las magníficas posiciones que en serie continua se suceden por la vía de Salazar y San Pedro, como por la de Cáchira. La Revolución se habría salvado y habría debido su salvación al Gral.

Vargas, si adopta esta medida, y no podrá alegar como excusa para haberla desechado ó para no haber pensado siquiera en ella, que pudiera parecer antipática al Ejército. Las simpatías ó antipatías del Ejército, nunca las tuvo él en cuenta sino sólo acaso para contrariarlas deliberadamente, y es claro que si da la orden de marchar á Ocaña, á Ocaña habríamos marchado, como si dice *Jerusalén*, Jerusalén habría sido, pues era artículo de nuestra disciplina no contrariar la autoridad omnipotente del Director de la Guerra y de su Mayor General para no correr el riesgo de que se retirasen el uno á su Llano y el otro á su Lago, conforme muchas veces lo amenazaron. Ocasión dichosa en que con un poco menos de disciplina cuartelaria conservadora y un poco más de espíritu liberal, la Revolución se habría salvado por sí misma y con sus propios hombres, esto es, los de la nueva generación, los que contestaron á la primera lista que se llamó en los campamentos. La Revolución no tuvo fe en sí misma ni en sus promotores ni en sus principales actores, y por eso claudicó.

XVI—Tomado el Escorial, lo que importaba era marchar á toda prisa. Sin embargo, se perdieron dos días en Arboledas, otro en Cachirí y cuatro en Suratá. Total siete.

El deber del Gral en Jefe en marcha sobre el enemigo es ir á vanguardia para resolver las dificultades que se presenten; ó bien conferir al Jefe de vanguardia facultades amplias para obrar ó instrucciones precisas para decidir dudas y casos difíciles. El Gral Vargas tiene la costumbre de quedarse á retaguardia, y sin embargo, rehusa depositar confianza en el jefe á quien manda adelante, atándole las manos y reservándose la resolución de todos los problemas, resolución que ha de proponérsele por medio de consultas repetidas. La pérdida de tiempo y

los demás inconvenientes de ese sistema saltan á la vista.

El Gral Uribe, que traía la vanguardia, recibió primero orden de no pasar de Arboledas, y ahí perdió dos días; luégo de aguardar en Bagueche; en seguida, de esperar en Cachirí, como esperó un día; por último, de parar en Suratá. En vano escribía solicitando alguna latitud de poderes y libertad de acción; nunca las obtuvo. El temor de sus comunicaciones de esos días puede resumirse en esta frase: “Ya estoy aquí; ahora, qué debo hacer?” Y mientras el posta iba á retaguardia y volvía con la respuesta, se pasaban días, se desaprovechaban ocasiones y se permanecía en la inacción. No parece sino que, basándose en la impaciencia ó impetuosidad, comúnmente atribuídas al Gral Uribe, se calculaba maquiavélicamente aprovechar los sucesos felices que él lograra, y declinar sobre él la responsabilidad exclusiva de los descalabros que sufría, haciendo constar que había obrado sin orden. Pero, acusado tan constante como injustamente de indisciplina, se atuvo al cumplimiento estricto de lo que se le mandaba, renunciando á la vez á todo mérito en los aciertos y á toda culpa en las omisiones y reveses.

A lo que no renunció fue á seguir obrando sobre el ánimo del Gral. Vargas para decidirlo á marchar sobre el Páramo. Desde el día 30 de Abril ocupó el Gral Polidoro Ardila con su División el paso de La Tronadora, después de ligero tiroteo con una guerrilla enemiga; el 1º de Mayo fué el Coronel Manuel V. González á Netas en inspección con el Bon. Bolívar y dos compañías del *Fradilla Fráser*; y el 2 se paseó por Santurbán, hallando el Páramo absolutamente libre de enemigos. Y sin embargo, el Gral Vargas continuaba firme en su negativa á dar la orden que el Gral Uribe había venido solicitando en esos días y los anteriores, para marchar con su E-

jército y el del Gral Ulloa sobre Santurbán. Sólo en la noche del día 2 consintió al fin en el movimiento; pero cuando á la mañana siguiente se fué á emprender la operación, ya era tarde: el enemigo, había tenido tiempo de venir desde Pamplona hasta Pescadero y de ahí sobre Vetas, donde esa misma mañana había sorprendido y destrozado nuestra descubierta, con pérdida lamentable de los Coroneles González y Cáceres, muertos; del intrépido Coronel Lawson, herido y prisionero, y de sesenta hombres más.

XVII—A nadie parecerá excesivo decir, en vista de todo lo que precede, que sobre el Gral Vargas pesa la pérdida de aquellos valientes, y más aún, la perniciosa influencia que ejerció el sangriento episodio de Vetas. Por de buen augurio lo tomó el Gral Vargas, asimilándolo al de Buenos-Aires, precursor de Peralonso.—“Hemos perdido la chica, decía; señal de que ganaremos la grande.”—Pues nó: el pánico que dominaba las tropas del Gobierno, aun las más veteranas, después de sus últimos desastres, se disipó en gran parte, por el triunfo de Vetas, que les volvió la confianza y les demostró objetivamente que no éramos invencibles; y como ese triunfo se exageró desmesuradamente en los boletines oficiales y para con las Divisiones que no habían estado en la acción, haciendo subir á 1.500 hombres nuestra pérdida, resulta que á Palo Negro llevaron los dictatoriales un suplemento de entusiasmo de que sin eso habrían carecido. Y como sea cierto que en guerra lo que redunde en mayor vigor de unos, eso mismo quite aliento á otros, no hay duda de que aquel funesto descalabro deprimió la moral de nuestra tropa y quebrantó la ciega confianza que tenía en el triunfo.

Además, por el fracaso definitivo de la marcha al Páramo, se imponía la consumación de este hecho

singular en los anales de la guerra: no quiso el Gral Vargas revolver después de Terán sobre Pamplona á cargar un enemigo que no era entonces mayor de 6.000 hombres, sino que se esperó á que llegaran refuerzos de Bogotá y venidos aun desde Antioquia y Cauca, hasta completar 14 - ó - 16.000; y no contento todavía como si ya ése no fuera suficiente adversario para nuestros 6.000 mal contados combatientes, maniobró de modo que el Ejército de Casabianca, á órdenes ya de Pinzón, se uniera con los tres ó cuatro mil hombres que había en Bucaramanga y con los 1500 ó 2000 que á toda prisa se hicieron venir de Soata. Así se formó el famoso total de 20 ó 22.000 que tanta incredulidad nos inspiraba cuando leíamos los boletines del Gobierno, pero que demasiado verdadero resultó para nuestro mal, obligándonos á combatir uno contra más de tres.

Es decir, que cuando otros Grales. procuran batiir sus enemigos al detall, nuestro Supremo Director de la Guerra no se dió por satisfecho sino cuando por su lentitud y sus mal combinados planes los hubo reunido á todos en un solo haz cuyo peso nos aplastara por modo irremisible.

XVIII—De aquí en adelante se hace más y más patente que el Gral Vargas carecía de todo plan preconcebido, de todo pensamiento fijo, y que en materia de operaciones militares iba con el día, viviendo de expedientes y de la sugestión aleatoria de las circunstancias. De donde procedía la falta de consistencia en sus propósitos y la vacilación é incertidumbre en sus resoluciones. Baste un ejemplo entre mil: díjosele que habiendo logrado el enemigo apoderarse de Tona, como era la verdad, iba á desfilar por esa vía sobre Bucaramanga, lo que suscitaba naturalmente el proyecto de salirle al paso por

debajo de Charta, no simplemente á inquietarlo sino á causarle graves pérdidas en aquellas estrechuras, y desquitarnos del descalabro de Vetas. Dispúsclo así el Gral Vargas, pero no tardó en mandar la contraorden, desperdiciando así una ocasión que después se supo que habría sido brillantísima, especialmente para impedir ó retardar el paso de la artillería enemiga, ó quizá para arrebatársela.

XIX—La idea de una línea de batalla nunca se dibujó con precisión en la mente del Gral Vargas. Parecía, sin embargo, que el pensamiento cardinal que determinó la marcha por Bagueche, debía haber sido éste: "puesto que no conviene atacar al enemigo en sus atrincheramientos de Chopo, vamos á obligarlo á salir de sus reductos y á tomar la ofensiva; nosotros lo esperaremos en las posiciones que escojamos y fortifiquemos á nuestro sabor." El lugar donde eso debiera verificarse, esto es, el teatro del combate, ha podido y debido señalarlo el Gral Vargas desde Cúcuta, á lo menos con cierta aproximación. Pero nó: el Gral no tenía resuelto si quiera el punto esencial de si tomábamos la ofensiva ó nos manteníamos á la defensiva, base de todo plan racional y fuente de reglas de conducta. Parece que un momento pensó en marchar sobre Bucaramanga, que otro, se propuso formar línea desde Suratá hasta Ríonegro y que finalmente se decidió á ocupar posiciones frente á Bucaramanga. Ahora bien, si eso lo hubiera resuelto desde el principio y mandado ejecutar sin vacilación, es casi del todo seguro que el buen éxito habría coronado la empresa. Porque aun descontando para toda la marcha ocho y aun diez días de los diez y seis que mediaron entre el 25, fecha de iniciación del movimiento, y el 11, en que comenzó el combate, todavía nos habrían quedado seis ú ocho días útiles para fortificar suficientemen-

te las alturas de Santa Rita, San Ignacio y La Paja, línea condensada y fortísima donde la defensiva habría sido invulnerable; ó mejor todavía, la línea que está sobre Ríonegro, desde Portachuelo y Miradores, hasta Ferrocarril, por San Pablo, San Juan Nepomuceno, Santa Lucía, San Jorge y Filadelfia, alturas inexpugnables, de faldas abruptas, con el Ríonegro al frente, la infranqueable cortadura del Lebrija á la derecha, y la aun más inexpugnable posición de los Helechales á la espalda, seguro refugio para un mal éxito; todo en medio de una región abundante en aguas y recursos, en vez de la seca, estéril y desolada de Lebrija, donde la sed y el hambre no fueron los menores agentes del desastre.

Excusado es decir que tampoco eso se hizo; después de todo el tiempo perdido en Suratá, antes del descalabro del 3, todavía no se ordenó la marcha de Matanza para Ríonegro sino el 6, ni el Gral Vargas pasó de la una plaza á la otra sino el 10. No obstante ese inexcusable retardo, el Ejército alcanzó á entrar en la línea imperfectamente marcada por el Gral en Jefe, tan imperfectamente marcada que cuando señalaba como nuestra extrema derecha la pequeña altura de los "Churizos," ordenaba al Gral Rosario Díaz que se situase en el "Alto del Cacique," varias leguas atrás de la línea principal, y al Gral Herrera, que colocase la artillería en los Cocos, muy á la espalda de Santa Rita, señalado como frente de batalla. La línea quedó abrazando desde el Alto de Guillén, Boquerón y la Cuchilla, frente á Matanza, hasta los Churizos y luego hasta el Alto de Jirón; línea larguísima y como tal indefendible; poligonal ó más bien de ángulos entrantes y salientes; interrumpida á grandes trechos; de comunicaciones difíciles ó lentas; en una palabra, línea absurda y disparatada hasta no más.

Habiéndose concretado á una más corta y regular como las ya indicadas, y adoptado resueltamente la defensiva, es absolutamente cierto que el enemigo no se habría atrevido á darnos asalto, ó lo habría pagado caro, porque no era fácil acostumar de un momento á otro sus soldados al contraste de una defensiva como la para que estuvieron prevenidos en sus trincheras de "Chopo," con respecto á una ofensiva, *que habria sido obligatoria*, contra las posiciones que nos habrían caído en suerte, excelentes por sí mismas y por las fortificaciones con que habríamos tenido tiempo de dotarlas.

XX — En vez de esto, qué sucedió? Que lejos de darse la batalla en el terreno elegido por nosotros, se libró en el escogido por el enemigo, ó por lo menos en uno tan favorable para él, que habria sido el que escogiera, en habiendo tenido tiempo y libertad para ello. Porque aquí entra otra reflexión, ó regla elemental de guerra que ni por un momento debió haber descuidado el Gral. Vargas. "Puesto que nuestro Ejército es menor en dos tercios que el del enemigo, hay que suplir la inferioridad del número con las ventajas de la posición, buscando una donde nuestras fuerzas estén condensadas, y el enemigo esté imposibilitado para desplegar todas las suyas." Pero fue todo lo contrario: nuestro Ejército quedó desparpajado en una extensión inmensa é irregular, y el del enemigo pudo verificar cómodamente su despliegue, lograr todas las ventajas de su superioridad numérica, y mantener sin embargo su unidad, en línea fuerte y continua, en posiciones mejores que las nuestras, por su mayor altura, desde donde podía imponerse de todos nuestros movimientos y dominarnos con el tiro de su artillería, cosas ambas de que nosotros estábamos privados.

XXI— Por lo bajo se ha pretendido deducir responsabilidad contra el Gral. Uribe por "no haber cumplido la orden de ocupar el Alto de los Churizos." Pero la orden que él recibió fué la de ocupar á San Ignacio, y esa fué la que cumplió. Parece que el Gral. Barboza, Jefe de una División del Ejército del Gral. Uribe, sí recibió la contraorden verbal, no comunicada por conducto del Gral. Uribe ni de su Jefe de Estado Mayor. Tres días permaneció el Gral. Uribe en San Ignacio; si en ello obraba mal ¿porqué no se le corrigió, enviándolo á su destino? Además, teniendo que cubrir el Gral. Herrera á Santa Rita, dejar desguarnecido á San Ignacio era como descubrir á Ríonegro, esto es, permitir al enemigo avanzar por el centro y partir en dos trozos nuestras fuerzas. Aun habiendo ido desde el principio á los Churizos, la línea era pésima, como fácilmente flanqueable por la derecha, lo cual no se impedía ni ocupando el mismo alto de Jirón, á falso título considerado como llave de la posición, puesto que todovía le quedaba libre al enemigo el camino real de Puerto Marta, para flanquearnos por la derecha. Para que así no fuera, se habria requerido extender el Ejército desde Bocas hasta Cantalta, en una longitud de ocho leguas, lo cual habria sido menos malo que lo que en definitiva se hizo.

XXII— Después de todo cuanto queda dicho, poco resta que escribir sobre Palo-Negro. La batalla no se perdió por éste ó aquel incidente en el teatro donde se diera: estaba perdida desde sus antecedentes, según la larga pero incontestable demostración que precede. El desastre no fué un hecho aislado y casual, sino producto de causas que venían obrando hacia meses, y último eslabón en la larga cadena de errores que trajo á la Revolución.

del estado brillante en que el Gral. Vargas la recibió en Pamplona por Diciembre, al estado precario á que por sus pasos contados la redujo pocos meses después. Por otra parte, dirigiéndonos principalmente al Ejército, esto es, á los testigos presenciales de la campaña, es innecesario relatar hechos hondamente grabados, por su misma magnitud, en la memoria de cada cual.

XXIII—Baste decir que el Gral. Vargas se mostró para disponer el combate tan nulo como para dirigir la campaña. Contra el parecer del Gral. Uribe, que desde el principio opinó que se cargase sobre Palo-Negro con todo cuanto hubiese, para decidir de un golpe la acción, incidió el Supremo Director en un dislate que por elemental es conocido y censurado hasta por los cabos de escuadra: metió el Ejército al fuego por fragmentos (*puchos*, como se dice vulgarmente): primero las fuerzas del Gral. Rosario Díaz; luego las del Gral. Leal; en seguida la "División Ardila" el 12; después cuatro batallones del Gral. Uribe el 13; en la noche, el Gral. Herrera con algunos de sus Cuerpos; el 14 por la noche la "División Cortissoz"; á la mañana del 15 el Gral. Sarmiento; el 16 temprano el Gral. Benito Hernández; hacia el medio día la "División Neira"; y así sucesivamente. Los refuerzos que iban llegando, apenas bastaban para ocupar el puesto de las tropas que se retiraban rendidas de fatiga por días y noches de lucha continua. No eran en realidad refuerzos, sino apenas relevos que la batalla iba consumiendo sin fruto. No hubo un solo día en que todo el Ejército entrase en línea ó cargase en masa; no hubo una sola ocasión en que el empuje ó la resistencia de todas nuestras fuerzas combinadas hiciera sentir al enemigo el sumun de nuestro vigor. De seis mil hombres que éramos, quizá

sólo dos ó tres mil llegaron á entrar á un tiempo en línea.

En cambio, el enemigo se nos vino encima con todo su poder, sin dejar en el borde del Llano y como guarnición de Bucaramanga más de tres ó cuatrocientos hombres. Fué observándolo así como el Gral. Uribe propuso desde el 14 marchar sobre esa plaza, y es probado que esa atrevida operación habría cambiado la faz de la batalla y decidídola por nosotros. Naturalmente, el Gral. Vargas rehusó; vino al fin en ello el 23, cuando ya el enemigo había guarnecido de nuevo la ciudad y el Llano. En desesperación de causa, indicó el Gral. Uribe un movimiento de flanco por Lebrija á tomar por detrás el alto de Jirón y por retaguardia las posiciones enemigas, á tiempo que se intentase, ó á lo menos se simulase, un ataque de frente. Se denegó, por supuesto, el Gral. Vargas, y cuando vino á aceptar la idea, cuatro ó cinco días más tarde, ya no era tiempo.

XXIV—Otro error capital en que incurrió el Gral. Vargas fué el de partir los Cuerpos de Ejército, las Divisiones, las Brigadas, los Batallones y hasta las compañías, fragmentando lastimosamente todas las unidades de combate para destinarlas á objetos distintos y á distancias considerables entre sí. De este modo desapareció la unidad de mando y de acción. Si á cada Jefe de Ejército, divisionario, brigadier ó de batallón se le hubiese asignado una porción de línea que sostener ó un objetivo que lograr, teniendo á la mano la totalidad de su fuerza, quizá los resultados hubiesen sido otros; pero la dispersión y subdivisión produjo tal confusión y trastorno que destruyó la responsabilidad de los Jefes, rompió los lazos de la disciplina, sustrajo la tropa á la supervigilancia á que estaba acostumbrada y dió lugar á un intenso desorden.

XXV— A todo esto, el Gral. Vargas nunca se mostró en el centro de la acción, sino que se mantuvo á varias leguas de distancia en los primeros días; en los siguientes solía asomarse un momento al teatro del combate, cuando calentaba el sol, á informarse de la situación, y luego regresaba á toda prisa á su lejano alojamiento. Con razón dijo de él y de sí mismo el Dr. Soto: "Los otros fuimos los dos grandes *enconchados* de Palo-Negro."

Sin duda, nadie le pedía al Gral. Vargas que se expusiese, aunque otros, atados con más fuertes lazos á la vida, la jugaron allí hartas veces sin reserva. Pero si era deber suyo formarse idea exacta del terreno, de las posiciones nuestras y del enemigo, y disponer conforme á eso la batalla. Ella se dió, no obstante, sin su intervención. Fueron Jefes subalternos los que la dirigieron, aunque cohibidos por la falta de facultades y por el peso de una responsabilidad que no era suya. Lápiz en mano, el Gral. Vargas no podía dibujar las localidades ni dar la mínima razón de cómo pasaron las cosas.—"Mi error estuvo, exclamaba más tarde, en no haber conocido á Palo-Negro"—¿Pero de qué le sirvieron entonces 17 años que vivió ahí cerca, en Jirón? ¿qué vale la tan decantada experiencia que dan los años si no es para saber más del territorio que los otros? Ni cómo, después de tanto pensarlo en Cúcuta y por el camino, consintió en dar ó recibir batalla en teatro que ignoraba? ¿pues no había dicho, en tono de reproche á los demás y de suficiencia propia, que no jugaría el Ejército sino cuando estuviera seguro de todas las probabilidades?—Lo jugó, sin embargo, como el más inexperto y novel de los Generales, esto es, sin saber dónde, cuándo ni cómo. Tampoco esas grandes funciones que se llaman batallas deben darse con arreglo á

programa, sin concierto ni plan? Porque es lo cierto que no se dio cuenta de que esa era la batalla; su idea fue únicamente impedirle al enemigo que fuese á tomar los ganados de Sogamoso.

En efecto, el 10 por la noche fue despachado de Rionegro el Gral. Leal, y como él exigiese que se le dejara llevar toda su fuerza (el 5<sup>o</sup> Ejército) el Dr. Soto le dijo que con 300 hombres era suficiente para lo que iba á hacer. A las 11 de la noche del mismo día 10 ocupó las casas de Palo-Negro. El 11 comenzó el combate contra un batallón enemigo que pretendió subir por el camino directo de Bucaramanga á Palo-Negro, y el Batallón fue rechazado. Rechazada fue también otra fuerza que venía por encima y en cuya persecución fue el Gral. Leal hasta el alto de Rubén, posición en que después se hizo fuerte el enemigo, pero que se habría podido conservar desde un principio si el Gral. Leal hubiera dispuesto de fuerza suficiente. Pero tenía que cubrir desde los Churizos hasta el alto de Rubén, ó sea cerca de tres leguas. Desde el mismo día 10 pidió refuerzo y no lo obtuvo; el 11 exigió que se le completaran 2.000 hombres, pero su solicitud fue atribuída á miedo, y al propio tiempo que se le negaba, se le ordenó "sostenerse á todo trance," diciéndole: "son mil hombres que van á sacar ganado." Entonces el Gral. Leal propuso retirarse y constituir línea del otro lado del río, ó sea en las alturas de la derecha, que antes describimos; pero esta salvadora indicación también fue desechada, así como la que al día siguiente hizo el Gral. Uribe sobre la necesidad de constituir una dirección de la batalla en el teatro mismo de ella y con los Jefes allí presentes.

De suerte que la grande ocasión, ansiada y esperada por todos, en que iba á decidirse de la suerte

del Partido Liberal y del porvenir de la República, no tuvo al principio en la mente del Gral. Vargas y de su segundo otra importancia y dimensiones que las de una escaramuza por víveres. No sospecharon que ahí iba á ser la batalla y ésta se fue empeñando poco á poco sin que ellos supieran bien de qué se trataba, y eso explica suficientemente la manera fatal como el desastre sobrevino. La voluntad del Gral. Vargas, tan imperiosa para con los subalternos, fue incapaz de dominar los sucesos; lo dominaron ellos y por ellos se dejó llevar, como leño muerto que arrastra la corriente.

¡Y qué bien valía ese Ejército la reflexión y juicio que se pudiese en jugarlo! Para arrojo, ahí están las cargas impetuosas del 15 y el 16, encabezadas por el Gral. Uribe y que sirvieron para conquistar sobre el enemigo cápsulas de rémington para el resto del combate; para constancia, ahí están los quince mortales días de resistencia, sin desamparar el puesto, á la intemperie, en medio de la pestilencia, del frío, la humedad, el hambre y el cansancio. El Ejército fue heroico; el Ejército fue sublime; el Ejército fue inmejorable; el Ejército lo fue todo: el General, nada!

XXVI— Nada, ni siquiera Guarda-parque y Proveedor. Dejó el parque general á tres leguas de distancia del combate, y por esa causa hubo suspensión de fuegos y momentos de angustia. No sería aventurado afirmar que habiendo dispuesto de todo el parque en los primeros días de la batalla, no se habrían malogrado ataques importantes, tal como el de los Generales Sarmiento y Díaz sobre las casas de Altamira, en lo fuerte de las posiciones enemigas, de que se apoderaron, pero donde no pudieron sostenerse por agotamiento de pertrechos. Cuando el parque llegó, ya fue á destiempo.

No obstante ser Rionegro una de las plazas más

ricas de Santander, donde fácilmente pueden arbi. trarse recursos inmensos de ganado, sal, panela, granos etc., el servicio de provisiones durante la batalla fue detestable. Divisiones y Cuerpos de Ejército hubo que pasaron tres y cuatro días sin probar carne ni panela; de suerte que cuando más menesteroso estaba el soldado de restaurar sus fuerzas para volver al combate, entonces fue cuando más descuidado anduvo el suministro de víveres; y no poca parte puede atribuirse á ese desgrefío ó negligencia en el desenlace adverso de aquella pertinaz refriega.

Porque bueno es recordar que durante toda la campaña el Gral. Vargas se ha mostrado inepto para organizar los grandes servicios del Ejército: ni la Intendencia, que nunca ha sabido suministrar un vestuario completo ni alpargatas ni herraduras suficientes, ni provisiones en tiempo oportuno; ni las finanzas de la Revolución, pues con todo y haber tenido como el Gobierno nuestras planchas litográficas, no se han pagado raciones puntuales ni invertido lo indispensable en gastos ordinarios; ni la parte fiscal, pues de sólo la Contabilidad de la Dirección dijo el Dr. Soto que era un caos en el cual no se metía por no provocar el enojo del Gral. Vargas; ni el servicio de comunicaciones y espionaje, que ha sido el más defectuoso, quizás por lo mismo que es el más importante; ni, para no continuar la enumeración, el servicio de Ambulancias. Díganlo si nó nuestros pobres heridos, poco menos que abandonados en los hospitales de sangre de Palo-Negro y de Rionegro, sobre todo en los primeros días. La pintura aflictiva que podría hacerse del espectáculo que presentaban nuestras Ambulancias, faltas de camillas, de vendajes, de antisépticos y de todo, en fin, causaría horror, pero también indignación contra los que así se des-

entendieron de la suerte de los mártires de la Causa. El General que no cuida de sus heridos no merece tener soldados.

XXVII—Desde que el Gral. Vargas se hizo cargo del Ejército en Pamplona, ni una sola vez convocó Junta de Oficiales Generales para acordar sus decisiones, ni aun las más graves. Procedía dictatorialmente, y tanto más empeñaba su autoridad en el cumplimiento de una orden, cuanto más objeciones despertase. Se diría que en su opinión el carácter de Supremo Director excluía el comercio de opiniones con sus subalternos é implicaba uno como aislamiento de Júpiter Olímpico. Fue en las postrimerías de la batalla cuando se volvió incansable conferencista: nada pensaba, nada resolvía, no daba un paso sin llamar antes á Junta á los principales Jefes. Cuando ellos más habrían estimado que su opinión fuese solicitada y tenida en cuenta, antes de partir de Cúcuta, entonces se les desdeñó, quizá porque se consideraba seguro el triunfo y no se quería dividir con nadie sus coronas. Sólo cuando la estrella liberal comenzó á palidecer se dispensó á esos Jefes el honor de dejarles saber que su juicio valía la pena de ser escuchado. Pudieron ellos rehusar, declarando que, pues no se les había llamado á las duras, no se les hiciese venir á las duras, y que no era buena la hora de nona para confiarles los bandones en el entierro de la Revolución, cuando á la de prima no se les había creído buenos sino para subalternos sujetos á la obediencia pasiva. A pesar de todo, fueron lo bastante patriotas para inclinarse ante el infortunio inmerecido de la Causa, no ante el del Jefe que se lo había atraído por sus pasos contados.

Pero es lo bueno que los copartidarios y aun los enemigos no consideraban al Gral. Vargas como el

Jefe único del Ejército, ni siquiera como el principal. Los primeros confiaban en la victoria, sabiéndolo rodeado de otros Jefes jóvenes, inteligentes y valerosos que llevarían á la Dirección de la Guerra la puesta del entusiasmo y del arrojo, mientras el General Vargas acudiría con la de la medida y la experiencia, feliz combinación de que todos los liberales esperaban los mejores resultados. En cuanto á los enemigos, no fijan su gloria en haber vencido al Gral. Vargas solo, sino que á su nombre agregan los de sus principales tenientes. Es más: amigos y enemigos, y aun la prensa del exterior, adquirieron pronto la costumbre de callar en absoluto el nombre del Gral. Vargas y de personificar en el Gral. Uribe el mando del Ejército y aun toda la Revolución. Los que tal hacían no sospechaban hasta dónde fué absorbente y absoluto el Gral. Vargas, y hasta dónde anuló el concurso de sus subalternos y por consiguiente su responsabilidad. Tanto peso tenía en las determinaciones del Gral. Vargas la opinión del Gral. Uribe como la del Emperador de la China; la de éste, con todo, era nula, mientras que la de aquél influía en sentido inverso: bastaba que el Gral. Vargas supiese el modo de pensar del Gral. Uribe acerca de cualquier materia, para que sin más examen se dicese por el parecer contrario; como que varias veces se prevaleció el Gral. Uribe de esa disposición de ánimo para hacer convenir al Gral. Vargas en sus propósitos, mostrándose partidario de los que precisamente le repugnaban.

Sin embargo, la vergüenza, el dolor y la culpa del vencimiento se hacen pesar sobre los tenientes del Gral. Vargas, y en principal sobre el Gral. Uribe, cuando precisamente el mal éxito se habría evitado si su consejo hubiera sido oído, ó si para algo más que para la disciplina cuartelaria y necia

se les hubiera tenido en cuenta. ¡Injusticias de la opinión mal informada!

XXVIII—El triunfo de la Revolución pendía de la batalla que entre sí se diesen los dos Ejércitos rivales que se acantonaron en Cúcuta y Pamplona, sobre los cuales tenía todo el país puesta la mira. Destruído el del Gobierno, el más numeroso y aguerido que pudo poner en pie, quedaba despejado el camino para la Capital; derrotado el nuestro, se arruinaba la mayor esperanza del Partido, aunque quedasen actuando otros núcleos revolucionarios. No se sabe cómo, teniendo á su cargo el Gral Vargas Santos tan vastos intereses, que abrazaban no sólo la vida y salvación de los que militaban á sus órdenes, ni sólo el porvenir del Liberalismo colombiano y el de toda la República, sino también la paz y la honra de tres Naciones hermanas; no se explica, decimos, ni menos se disculpa que el Gral. Vargas Santos parezca no haberse hecho cargo de la altísima importancia de su cometido, puesto que, en vez de poner sus cinco sentidos para asegurar el triunfo y acumular—como lo había prometido y era su deber—todas las probabilidades de alcanzarlo,—se gobernara por caprichos, por ideas incompletas y nociones falsas. Ni aguzó su inteligencia ni esforzó su voluntad, ni puso al servicio de la victoria las inteligencias y voluntades de los demás. ¡Qué mucho que desde ahora y ante la historia lo abrumen la sentencia rigurosa de cuantos tienen derecho de queja en nombre de tantas esperanzas frustradas, y de cuantos hablan por boca de las víctimas de Palo-Negro, esa otra “Humareda.”—imbécilmente sacrificadas! Oh! el Gral. Vargas Santos resultó inmensamente inferior á su misión.

A los que tan rudamente se equivocaron en Pamplona al proclamarlo Director de la Guerra, les que-

da hoy por todo consuelo esta estéril reflexión: si, General derrotado, siguió mostrándose más áspero y despótico que nunca, cómo habría sido si entra vencedor á Bucaramanga, y cómo sería si llega victorioso á Bogotá!

XXIX—Cuentan que el Gral. Pinzón en un momento en que vió pérdida la batalla, montó á caballo y se dirigió al centro del fuego, diciendo á sus Ayudantes y á cuantos Jefes encontraba en el camino: —“Vengan ustedes, y acompañenme á morir”, y que la firmeza de esa actitud restableció la lucha. Hubieran los Generales Vargas Santos y Soto manifestado algún día igual resolución; hubieran fijado una hora para una carga general encabezada por ellos, haciendo entrar en línea la totalidad de nuestras fuerzas; y hubieran hecho saber al Ejército su determinación de morir ó de arrollar al enemigo, y no hay duda que se habría tenido por deshonrado todo liberal militante que no los hubiese seguido; y aquel empuje impetuoso y simultáneo habría sido irresistible. Cuando nó, ¡qué fin más glorioso el de esos dos ancianos que habían preferido la muerte á la derrota y excavarse una tumba en el mismo campo de batalla, más bien que seguir arrastrando miserables los últimos años de una vida perdurablemente deshonrada ante sus contemporáneos y ante la historia! Palo-Negro habría sido entonces para ellos altar en que el liberalismo de todos los tiempos habría ido reverente á celebrar lo heroico de su sacrificio, y no lo que ha venido á ser: el epitafio ridículo de sus reputaciones.

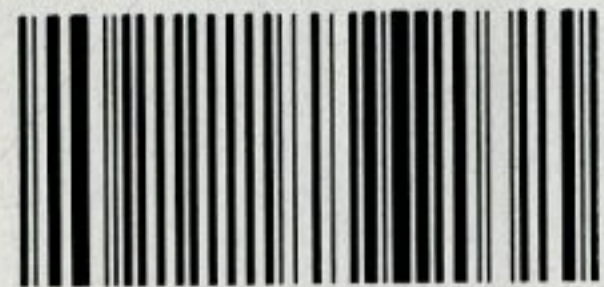
Ocaña, 15 de Junio de 1.900.

COLECCION  
FILIA MORENO

HISTORIADOR.



**BIBLIOTECA**  
**Universidad Eafit**



6200000204442

**COLECCIÓN**  
**PILAR MORENO**

